

REVISTA DE LIBROS/BOOK REVIEW

Crítica de la nueva sociología de la ciencia, DE MARIO BUNGE, PAMPLONA, LAETOLI, 2015, 147 pp.

Este nuevo libro de la Colección Mario Bunge de la editorial Laetoli es la primera edición en España de la obra publicada por la editora Sudamericana en 1998. Esta última llevaba por título *Sociología de la ciencia* (y a su vez era reedición de la que fue publicada bajo el mismo título por Siglo Veinte). La obra es una traducción del artículo “A Critical Examination of the New Sociology of Science” que apareció por primera vez en la revista *Philosophy of the Social Sciences* en 1991. Tal como el propio autor indica en el prólogo a la presente edición, este nuevo título es más adecuado que el publicado en Buenos Aires, primero porque se ajusta más fielmente a la traducción inglesa y, segundo, porque se trata de un análisis y no una mera exposición de lo que hoy conocemos como sociología del conocimiento científico.

El libro de Bunge está muy claramente escrito, tanto en lo referente a la exposición de contenidos, como, y especialmente, a la intención del autor y su posición frente al tema en cuestión. En efecto, desde su primera página define quiénes fueron los “auténticos sociólogos de la ciencia” [p. 7] (Robert Merton y Joseph Ben-David) y quiénes son los “nuevos sociólogos: escépticos radicales, externistas, constructivistas y relativistas” [p. 10] que trabajan “desde las improvisaciones” [p. 10]. De hecho, para él, esta disciplina (por no caer en el error anti-Bunge de llamarla área científica) “no ha producido ningún nuevo conocimiento sobre el motor de la cultura intelectual moderna” [p. 10].

En la introducción identifica siete principios comunes a este tipo de sociología, que son examinados a lo largo de los trece capítulos que componen la obra, definiendo su estructura. Estos son: externismo, constructivismo, relativismo, pragmatismo, ordinarismo, adopción de psicologías obsoletas como conductismo o psicoanálisis, y adopción de filosofías ajenas a la ciencia o anticientíficas.

Antes de analizar en detalle el significado de estos principios, Bunge expone los orígenes históricos e intelectuales de este movimiento, examinando las raíces marxistas de la sociología de la ciencia en los dos primeros capítulos, y la escuela de Merton en el tercero, al cual coloca como un sintetizador de externismo e internismo, pero sin llegar a admitir el constructivismo y el relativismo que caracterizará a los *nuevos* sociólogos. El cuarto capítulo está dedicado al “Programa Fuerte”, originado en el departamento de *Science Studies* de la Universidad de Edimburgo en los años setenta del pasado siglo. La característica principal de este programa es la idea de que ya no se analizan exclusivamente las actitudes de los científicos y su relación con la sociedad, sino que el propio contenido del conocimiento debe entenderse como siendo de carácter social y, por tanto, perteneciente al dominio de la sociología y de-

biendo ser explicado por ella en los mismos términos que cualquier otra actividad social. Los sociólogos de la ciencia clásicos no habían considerado que el contenido de las teorías físicas y matemáticas estuviese socialmente determinado. Esto cambia con el programa fuerte. En este punto, el principal problema, de acuerdo con el autor, es la ausencia de una teoría de la referencia, lo cual repercute en un procedimiento dogmático y carente de base científica por parte del programa fuerte, lo que Bunge califica de “mal agüero” [p. 53]. El uso de esta expresión ciertamente sorprende en el contexto en que es utilizada, dado que el autor está tratando de sentar las bases de una crítica desde la ciencia y la científicidad y, como es bien sabido, el “agüero” entra en el ámbito de la adivinación, de los presagios y de la superstición, asuntos que Bunge caracteriza como no científicos y de los que intenta en todo momento desmarcarse.

Dejando a un lado la cuestión de la expresión (en varios momentos desafortunada), el foco de la crítica sobre el programa fuerte se centra en el análisis de los cuatro principios definitorios que Bloor expuso en 1976, a saber, causalidad, imparcialidad, simetría y reflexividad. Este es quizá uno de los puntos fuertes del libro, en el que, pese a ser breve, expone con suma claridad los problemas de estos principios, en especial el referido a la reflexividad al afirmar que “es un requisito honrado pero suicida” [p. 55]. De hecho, los problemas presentados por este requisito en el seno del programa fuerte, ya habían sido destacados por Woolgar, quien en su obra *Knowledge and Reflexivity* abogaba por una tercera fase (tras la fase mertoniana y la del programa fuerte) en sociología del conocimiento científico en la que la reflexividad se aplique plenamente para llegar a las así llamadas “nuevas formas de escritura o de discurso”.

Es a partir del quinto capítulo cuando Bunge comienza a examinar en detalle los principios que ha descrito como comunes a estos *nuevos* sociólogos, y a los que nos hemos referido más arriba. El primero de ellos es el externismo, el cual se divide en moderado o débil, defendiendo la influencia de la ideología o la sociedad en el trabajo científico, pero no su determinación; y el externismo radical, que vendría a afirmar que la sociedad no sólo influye, sino que determina el trabajo de los científicos y el propio contenido de lo que se denomina como “conocimiento científico”. La discusión respecto del externismo se extiende durante el sexto capítulo, cuando se aborda la relación entre macroniveles y microniveles o, lo que viene a ser lo mismo, entre grupo e individuo, o entre la sociedad como un todo y un laboratorio. Dentro de la *nueva* sociología, los etnometodólogos ocupan un lugar especial, dado que toman en consideración al individuo, pese a que este se encuentre socialmente determinado, pero es un “actor” (individual) dentro de un “sistema general de significado” [p. 71]. En cambio, en su mayor parte, los partidarios de esta nueva sociología defienden la prioridad del grupo sobre el individuo, asumiendo una perspectiva holista, según la cual existe una primacía del grupo social, hasta el punto de afirmar que las creencias son profesadas por el grupo en sí y no por los individuos pertenecientes al mismo, por muy homogéneas que estas puedan llegar a ser (lo cual no es siempre el caso en virtud de los ejemplos aportados por Bunge).

Con respecto a la etnometodología, uno de los problemas señalados es el exclusivo interés por “objetos mundanos” [p. 71], como los instrumentos de medición, en lugar de por las ideas científicas. Desde una perspectiva más amplia del análisis de la ciencia, el uso de instrumentos es una parte fundamental de la actividad científica, y difícilmente estos objetos pueden considerarse “mundanos”. En efecto, el uso de relojes atómicos, de microscopios electrónicos, o de cámaras de niebla poco tiene que ver con la vida diaria y el mundo de todos los días de la mayor parte de la gente, como ha sido frecuentemente mostrado en numerosos estudios sobre práctica científica, sin necesariamente implicar un punto de vista etnometodológico. Inclusive, el uso de instrumentos enteramente diferentes de “objetos mundanos” puede ayudar a comprender el estatuto particular de la actividad científica, y podría incluso haber sido utilizado por Bunge en esta dirección, pero la defensa de la ciencia como un modo particular de conocimiento no es el objetivo de la obra, sino la crítica de la sociología (por otro lado, tal y como indica su título). Por ello, se centra en afirmar que el etnometodólogo no puede interesarse por las ideas científicas “porque no las entiende”, porque es un “forastero” [p. 71]. Esta afirmación es falaz porque si fuese cierta, nadie que no conociera una idea científica (aunque no fuera etnometodólogo) podría interesarse por ella, de tal modo que nunca habría modo de atraer a la ciencia a personas ajenas a ella, porque al no comprenderlas no tendrían interés. ¿Acaso interesarse por algo no conlleva un deseo de comprensión, de conseguir entender algo nuevo y desconocido? Esto no significa que limitarse al análisis de instrumentos pueda dar cuenta enteramente de la ciencia, su conocimiento y su práctica, como tampoco puede hacerlo en exclusiva la perspectiva etnometodológica, sino tan sólo que las afirmaciones que en este ámbito se hacen, deberían ser cuidadosas para no tornar demasiado ligera la crítica de posiciones que pretenden que la ciencia tenga un contenido exclusivamente social.

Al analizar el segundo de los principios, el constructivismo, Bunge retrotrae sus orígenes hasta la idea de la carga teórica de la observación. Como ocurre también cuando examina las concepciones que se sitúan en la base de los otros principios, reconoce que esta idea, con límites, tiene cierto sentido: “las observaciones *científicas*, a diferencia de las ordinarias, son ideadas y efectuadas sobre la base de hipótesis” [p. 77], pese a que esta afirmación no anula la distinción entre conceptos teóricos y observacionales. Al radicalizar la no distinción entre estos dos tipos de conceptos se puede llegar a la disolución de toda diferencia entre hecho y teoría y, en seguida, afirmar el carácter construido (socialmente) tanto de uno como de otra. Pero los *nuevos* sociólogos van todavía más allá. Insisten en que no hay diferencia alguna entre estudiar una tribu y estudiar el trabajo de laboratorio, descuidando la parte técnica del trabajo científico y afirmando deliberadamente, al menos algunos de ellos, que la comprensión de la labor científica no requiere ningún conocimiento previo.

El último aspecto del ataque de Bunge al constructivismo consiste en considerar su relación con el idealismo. Acusa a la *nueva* sociología de falta de originalidad al defender la no existencia de una realidad independiente de las palabras que la describen. Esta idea tendría su origen en la “versión textualista” [p. 84] del idea-

lismo, representada por figuras como Husserl o Heidegger cuyas filosofías también califica de anticientíficas [p. 96].

El análisis del relativismo comienza con el ejemplo de la matemática como ciencia no dependiente del contexto social, al esclarecer que sus verdades son relativas a teorías y no a la sociedad. De nuevo, pese a reconocer cierto valor en la posición escéptica que lleva al relativismo, dado que sirve para poner en cuestión ciertos aspectos de una teoría, Bunge critica la sociología del conocimiento científico por subrayar el carácter culturalmente relativo de la verdad científica. Basándose en los argumentos del sociólogo de mediados de los cincuenta Tom Bottomore, refuta la posición del programa fuerte al afirmar que el externismo (base del relativismo) es también una tesis relativa a un grupo social, razón por la cual personas pertenecientes a otro grupo no tendrían por qué aceptarla.

La relación entre la etnometodología y el conductismo no queda muy clara, salvo porque este último es considerado como una psicología superficial al pasar por alto los procesos mentales, aludiendo así a que la etnometodología ignora los procesos más fundamentales del laboratorio y de la práctica científica. Mucho más evidente es, en cambio, la relación entre el pragmatismo y la *nueva* sociología, dado que el primero, como la segunda, anula el significado de la verdad para transformarlo en eficacia, hecho del que la sociología tomaría ventaja. Obviamente esto no significa que se pueda incluir toda filosofía pragmatista en el saco en que Bunge mete a la sociología, sino que los *nuevos* sociólogos utilizan de alguna manera principios procedentes del pragmatismo. Junto al pragmatismo, Bunge aprovecha para arremeter contra el instrumentalismo (los coloca en pie de igualdad), afirmando que “no *funciona* respecto a la ciencia, porque las teorías y experimentos científicos tienden a construir versiones del mundo real dotadas de máxima coherencia, verdad y profundidad” [p. 100]. Desafortunadamente para nuestro autor, hay versiones muy coherentes del instrumentalismo que además no son anticientíficas (en el sentido en que él utiliza este término), así como ha habido numerosos científicos que defienden su actividad, pero son cautelosos en lo referente a la realidad de los términos teóricos o teorías que utilizan.

El ordinarismo es el último de los principios analizados y como su propio nombre indica consiste en hacer de la ciencia algo ordinario, o sea, defender que la ciencia es construida por individuos socialmente comunes y, en consecuencia, no tiene nada de especial. Esto justifica dos aspectos. Por un lado, que no es preciso ningún conocimiento especial para examinar socialmente la actividad científica, y por eso basta ir una o dos veces al laboratorio para poder describirlo. Y, por otro, que dicha actividad puede reducirse a un análisis semiótico como cualquier tipo de discurso.

Tres capítulos completan la obra: uno sobre ideología y ciencia, otro sobre “inciencia”, y una conclusión. El capítulo sobre ideología es interesante porque analiza varias controversias científicas que sirven de ejemplo para justificar que estas no siempre son zanjadas por recurso a consideraciones extracientíficas o basadas en poderes políticos, y para reafirmar la independencia del contenido de las teorías científicas del uso que en ocasiones se hace de ellas. La conexión con el programa fuerte es la cláusula de la imparcialidad, según la cual debe dedicarse igual atención a creencias

falsas y verdaderas, dado que la verdad no es lo que está en cuestión. Esto enlaza con el capítulo de lo que Bunge llama “inciencia” que es básicamente lo opuesto a la ciencia, o mejor entendido, lo que comúnmente se ha denominado “pseudociencia”. Dado el requerimiento de imparcialidad, la *nueva* sociología es incapaz de distinguir ciencia de inciencia (o pseudociencia), lo que es “un síntoma de superficialidad filosófica” [p. 126]. Pero más importante que la superficialidad filosófica, es que es susceptible de acarrear terribles consecuencias políticas, dado que no diferenciar entre ambas puede llevar a justificaciones políticas pseudocientíficas en nombre de la ciencia, hecho sobre el cual Bunge llama la atención.

Finalmente, la conclusión presenta las carencias de la sociología de la ciencia en clave de lo que podía haber sido y no es, con una lista de tareas concretas que podría haber analizado. Al mismo tiempo, ofrece una razón para justificar por qué esta disciplina no se ha ocupado de los asuntos que él señala: “Si la nueva sociología de la ciencia no ha llegado a encarar esos problemas es precisamente porque forma parte de los mismos” [p. 129]. Con esto, se inicia un examen de las causas que llevaron al éxito a la sociología de la ciencia, desde el auge de los estudios en Ciencia, Tecnología y Sociedad en la posguerra de la Segunda Guerra Mundial, y cómo se abrió camino con el resurgir de filosofías antirrealistas e irracionistas entre los ataques a toda forma de *establishment*, viendo a la ciencia como una más y generando, así, una “versión totalmente grotesca” [p. 131] de la misma.

Pese a su brevedad, el libro expone orígenes, principios y causas de esa *nueva* sociología, en un estilo claro, sencillo y fácil de leer. Sin embargo, no es excesivamente pedagógico en función de ciertas expresiones, en muchos casos descalificadoras, que se suceden a lo largo de la obra (*sandeces, secuaces de la nueva sociología, forasteros*, etc.). Otra deficiencia es la bibliografía. Pese a ser amplísima está desactualizada, careciendo de referencias posteriores a 1998, año de la anterior edición en lengua española. Hay referencias más actuales en una de las notas de la presentación realizada por Dominique Raynaud. De hecho, la presentación de este sociólogo e historiador de la ciencia es una de las mejores partes del libro. No sólo aporta bibliografía actualizada, sino que señala las consecuencias positivas de la sociología del conocimiento científico, cosa que el libro de Bunge no hace en ningún momento, pues no es sólo una crítica, sino una crítica negativa.

Al inicio de su presentación, Raynaud señala que la primera vez que leyó a Bunge le produjo una profunda irritación, que con el tiempo desapareció porque “casi siempre, las opiniones contundentes del libro [*Epistemología*, el primero que leyó de Bunge] han resultado exactas” [p. 14]. Esta irritación fue, sin duda, causada por el *tono* o, más correctamente, el estilo en que Bunge escribe, que también se deja traslucir en la presente obra. En efecto, como también señala Raynaud el libro es intransigente, y él añade “pero justo” [p. 14]. De hecho, afirma que es el que debe leer todo estudiante de filosofía, sociólogo o historiador que se dedique al estudio de la ciencia. Según él, muestra que no hay programa inmune a las críticas, afirmación muy cierta, pero no sabemos si es realmente justa respecto de la obra. Bunge presenta sin ambages una crítica feroz de la sociología del conocimiento científico, pero incluso Raynaud, que lleva años combatiéndola, ha sabido ver en

ella aportaciones positivas, lo que pone, al menos ligeramente, en entredicho, la ferocidad de la crítica de Bunge.

Por otro lado, desde nuestro punto de vista, no es este tipo de lenguaje y de argumentos despreciativos el modo más adecuado de combatir a la *nueva* sociología (no tan nueva en realidad, puesto que lleva más de treinta años en el mundo académico), dado que en ocasiones parece más una reacción emocional irritada que una defensa de la racionalidad de la cual su autor pretende hacer gala.

María de Paz
Departamento de Filosofía, Lógica y Filosofía de la Ciencia
Facultad de Filosofía, Universidad de Sevilla
C/ Camilo José Cela S/N
41018 Sevilla
E-mail: maria.depa@botmail.com